



Te quiero con locura. Vivir es seguirte viendo.  
Cada palabra que escribo, cada libro que leo,  
me hablan sólo de ti. Y de Dios por ti.  
Cada vez que te miro -tan mujer, tan femenina- admiro más todo  
lo que es tuyo y que, por amor, es para siempre mío.  
Y admiro todavía más aquello que mirar no puedo,  
pero que sí siento: tu gran corazón. Suya es la melodía  
que conmueve por entero mi existencia. Amor:  
no tengo otra razón para vivir, no vivo por otra razón.  
Estamos hechos de amor, estoy hecho de ti y para ti.

Amar y ser amado. ¿Qué más desnuda verdad  
puede anhelar mi alma? Cualquier otra sabiduría es vana.  
Ni la mismísima poesía acierta a expresar del todo  
un poco de su inefable don. Amar y ser amado,  
en esto se conoce que el hombre es inmortal. Cada gesto  
se prolonga en su virtud, atesora una luz que transforma  
en infinito su valor. Amar y ser amado es dar cumplida respuesta  
al anhelo de nuestras vidas. Nada es igual para el que ama.  
¿No ves el resplandor que nos rodea y es, a la vez, interior?  
Quisiera ser -sólo para ti- pintor. Y poder así dibujarte  
hasta la saciedad. Mejor dicho: hasta la santidad.

En ocasiones enmudezco porque Dios me devora por dentro.  
No hablo porque busco escuchar en lo secreto.  
Y a veces me enfado por nada y, soberbio, te hago rabiar  
con mi silencio. Te pido perdón. No tengo derecho  
a hacerte sufrir. Además no puedo verte sufrir.  
Se me descoyunta el alma, pierdo el norte...  
Te quiero mucho. Y seguiría escribiendo en letanía de amor,  
hasta desnudar cada palabra de todo lo que no fueras tú.  
Eres en mi vida la más acabada imagen de Dios.  
Y Dios, que es Uno, nos hace también uno a los dos.

Te escribo porque necesito dejar constancia.  
Te contemplo en silencio y pienso que el recuerdo  
de todos los días que llevo junto a ti suma infinito.

Conocerte fue uno de los mayores dones que he recibido.  
Y mi vida sigue dependiendo de aquella primera mirada.  
Todo cambió, todo adquirió un sentido nuevo, pleno, lúcido.  
Todo era igual y todo era distinto. Ayer, hoy y siempre.  
Los días van pasando, pero ni el tiempo es el mismo. Contigo  
cada instante es una dimensión distinta. Y quisiera  
que esta carta tuviera la delicadeza de una caricia  
y la donación de un beso. Es lo único que sé con certeza:  
que te quiero. Y que eres mi alma. Y que veo  
la luz a través de tus ojos, y que abrazo  
la misericordia de Dios en tu cuerpo.

GUILLERMO URBIZU

Comentarios al autor: [guilleurbizu@hotmail.com](mailto:guilleurbizu@hotmail.com)